

# Ausencia

---

Daniel Alarcón

En su segundo día en Nueva York, Wari recorrió la zona del Midtown buscando sin entusiasmo la oficina de la aerolínea. Había decidido olvidarlo todo. Era un día de inicios de septiembre; los plenteros restos del verano hacían cálida y atractiva a la ciudad. Deambuló entre el tráfico humano de las aceras, maravillándose ante los enormes edificios, y confirmó, para sí mismo, que aquella ciudad era en realidad la capital del mundo.

En la estación del tren había visto a bailarines de *break dance* y músicos tocando *quenas*. Había visto a un hombre chino interpretando a dúo una sinfonía de Beethoven con una extraña armónica electrónica. En Times Square, un dominicano bailaba un merengue frenético con una muñeca de tamaño natural. Las multitudes se arremolinaban a su alrededor, sonriendo y arrojando dinero despreocupadamente al bailarín, y riéndose cuando sus manos se resbalaban con lujuria por la curva del culo de la muñeca. Wari no llegó a las oficinas de la aerolínea ese día; no le sonrió a ninguna anónima mujer en el mostrador, ni pagó renuientemente la multa de cien dólares por cambiar la fecha

de su boleto. En lugar de eso, vagó sin rumbo, pasó el tiempo meditando intensamente sobre lo exótico, sobre la ciudad, sus olores y superficies relucientes, hasta que fue a parar frente a un grupo de obreros que excavaban un agujero en la acera, al pie de un rascacielos. Se sentó a almorzar y a observarlos. Usando unas máquinas con garfios de metal, perforaban el concreto con destreza. Wari se había preparado un sándwich esa mañana, y ahora lo comía despreocupadamente. La gente pasaba en oleadas regulares, agrupándose en las esquinas y cruzando en bloque la calle apenas cambiaba la luz del semáforo. De un camión, los hombres bajaron un delgado árbol joven y lo colocaron en el agujero recién excavado. Luego llenaron con tierra el agujero. Árboles para llenar agujeros, pensó Wari divertido. Pero los hombres aún no habían terminado. Encendieron cigarrillos y estuvieron un rato conversando en voz alta entre sí. Luego, uno de ellos trajo una carretilla repleta de verde césped cortado en pequeños cuadrados. Terrones. Los hombres acomodaron los parches de la frondosa alfombra alrededor del árbol. Así de fácil. En el tiempo que Wari se demoró en comer, habían excavado y llenado un agujero, habían plantado un árbol y lo habían adornado con césped verde y fresco. Una herida abierta en la tierra, una herida cubierta, curada y embellecida. No era nada para esta ciudad, que continuaba con su vida, sin inmutarse, bajo un brillante cielo de finales de verano.

Wari caminó un poco más y se detuvo delante de un grupo de artistas japoneses que dibujaban retratos para los turistas. Publicitaban su arte con reproducciones muy esmeradas de rostros de gente famosa, pero Wari sólo pudo reconocer a algunos de ellos. Identificó a Bill Clinton y a Woody Allen. El resto era tan solo un grupo de caras bonitas y anónimas que a Wari le traían a la mente a cientos de actores y actrices. Este era el tipo de trabajo que él podría hacer con facilidad. Las manos de los artistas se movían con destreza sobre el pergamino, sombreando aquí y allá con rápidas pinceladas. Grupos de gente se detenían a mirarlos, pero los retratistas parecían estar realmente ajenos a todo ello, sólo echaban un vistazo a sus clientes

de cuando en cuando para asegurarse de no cometer errores. Una vez que terminaban el retrato, el cliente siempre sonreía y parecía sorprendido de descubrir su propia imagen en la hoja. Wari también sonrió, le pareció algo folclórico, al igual que todo lo que había visto hasta ese momento en la ciudad, algo que valía la pena recordar, algo especial, aunque todavía no podía explicar por qué.

Wari había sido invitado a Nueva York para participar en una exposición de arte; todo había ocurrido por azar, una cadena de circunstancias nacida de una simple conversación en un bar con un pelirrojo turista estadounidense llamado Eric, estudiante de doctorado en Antropología y una persona bienintencionada por naturaleza. Hablaba un español aceptable y era amigo de un amigo de Wari que aún estudiaba en la universidad. Eric y Wari habían conversado sobre Guayasamín y la iconografía indígena, sobre el cubismo y la tradición textil de Paracas en la costa peruana. Habían compartido algunas botellas de cerveza de un litro y muchas risas, mientras su comunicación mejoraba con cada trago, gracias a palabras en *espanglish* y dibujos a lápiz en servilletas. Finalmente, Eric acordó visitar el taller de Wari. Volvió a Nueva York llevando consigo dos de sus cuadros, y organizó una exposición a través de su departamento académico. Poco después, Wari recibió un entusiasta mensaje de correo electrónico y una invitación impresa en papel bond crema. Le dio vueltas al tema durante algunas semanas, y luego gastó la mayor parte de sus ahorros en un pasaje de ida y vuelta. Era la única clase de boletos que vendían. Una vez llegado e instalado en Nueva York, guardó el pasaje de regreso al fondo de su maleta, como si estuviera hecho de un material radioactivo. No sabía qué más hacer con él. Aquella primera noche, con el departamento ya en calma, Wari sacó el pasaje de la maleta y lo examinó. Tenía una densidad poco natural para ser un simple pedazo de papel. Soñó que brillaba en la oscuridad.

Wari encontró a Leah, la enamorada de su anfitrión, cocinando pasta. Aún no era de noche y Eric no había llegado a casa. Wari quería explicarle exactamente lo que había visto y

por qué le había impresionado tanto, pero carecía del vocabulario suficiente para hacerlo. Ella no hablaba español, pero lo compensaba sonriendo mucho y trayéndole cosas. Una taza de té, una tostada. Él aceptaba todo porque no estaba seguro de cómo decirle que no. Su inglés lo avergonzaba. Mientras el agua hervía, Leah se acercó a la sala.

—¿Buen día? —le preguntó—. ¿Tuviste un buen día?

Wari asintió.

—Qué bueno —dijo ella. Le entregó el control remoto del televisor y volvió a la diminuta cocina.

Sin querer ser grosero, Wari se sentó en el sofá y empezó a cambiar los canales. Podía escuchar a Leah tarareando suavemente una canción. Llevaba puestos unos *jeans* a la cadera. Wari se forzó a mirar el televisor. Programas de concurso, noticieros, *talk shows*; su esfuerzo por comprender lo que decían le causó dolor de cabeza, por lo que eligió ver un juego de béisbol con el volumen bajo. El juego era lánguido y difícil de seguir; no pasó mucho tiempo antes de que Wari se quedara dormido. Cuando se despertó, tenía un plato de comida delante de él. Eric había llegado a casa.

—¡Buenas noches! —le gritó pomposamente—. ¿Un buen juego? —dijo apuntando al televisor. Dos jugadores conversaban en el montículo cubriéndose los rostros con sus guantes.

—Sí —dijo Wari. Se quitó las lagañas de los ojos. Eric se rió—. Los Yankees van a campeonar de nuevo este año —dijo—. Son el equipo blanco.

—Lo siento mucho —fue todo lo que Wari pudo comentar.

Ambos conversaron un rato en español sobre los detalles de la exposición, que se inauguraría dos días después. Los cuadros de Wari estaban apoyados contra la pared, aún envueltos en papel marrón y con el rótulo de FRÁGIL. Los iban a colgar al día siguiente.

—¿Tenías planeado trabajar mientras estuvieras aquí? —preguntó Eric—. Pintar, quiero decir. En mi departamento académico me han dicho que podrían prestarte un taller por algunas semanas.

Esto tenía mucho que ver con el boleto radioactivo sepultado al fondo de su maleta. Wari sintió un cosquilleo en las manos. No había traído pinceles, ni óleos, ni lápices, ni nada. No tenía dinero para comprar materiales. De hecho, suponía que pasarían varios años antes de que pudiera hacerlo de nuevo. ¿Cómo sería su vida si *no* pintara?

—No, gracias —dijo Wari en inglés, y apretó los puños.

—¿Te estás tomando unas vacaciones, ah? Muy bien, hombre. Disfruta de la ciudad.

Wari le preguntó por las tarjetas telefónicas, y Eric le dijo que se podían conseguir muy baratas y en todas partes. En cualquier bodega, tiendecita, farmacia o puesto de periódicos.

—Estamos conectados —dijo Eric, y se rió—. Las tienen junto a los billetes de lotería. ¿Todavía no has llamado a tu casa?

Wari sacudió la cabeza. ¿Lo extrañarían ya?

—Deberías hacerlo —dijo Eric y se acomodó en el sillón. Leah se había marchado al dormitorio.

Su anfitrión se dedicó a hablarle al televisor parpadeante mientras Wari comía. La embajada estadounidense se levanta contra un cerro desértico en un distrito acomodado de Lima. Es un inmenso búnker con el exterior recubierto de azulejos, como un baño elegante. La puerta del muro perimétrico que lo rodea se ubica tan lejos del propio edificio, que se requeriría de un lanzamiento excepcional para siquiera golpear el primer piso con una piedra. Cada mañana, antes del amanecer, se forma en la calle una cola que da la vuelta a la manzana, una procesión esperanzada de peruanos con la mira puesta en Miami o Los Ángeles o Nueva Jersey, o cualquier otro destino. Desde septiembre último, luego de los ataques, la embajada había alejado aún más la cola, detrás de barricadas de color azul, hasta el propio límite de la ancha acera. Luego, en marzo, un coche bomba había estallado para dar la bienvenida a la visita del presidente estadounidense. Diez peruanos murieron, entre ellos un chiquillo de trece años que tuvo la mala suerte de pasar en su *skateboard* cerca de la embajada justo en el peor momento. Las esquirlas de la explosión le perforaron el cráneo. Cuando

eso ocurrió, cerraron la avenida, salvo para el tráfico oficial. La cola seguía formándose allí, cada mañana excepto los domingos, ahora en medio de la calle vacía.

Antes de viajar, Wari presentó su carta de invitación, su recibo por el pago de la visa y toda su documentación. Títulos de propiedad, estados financieros, certificados de estudios universitarios, una lista de sus exposiciones y muestras en galerías, su partida de nacimiento y los documentos concernientes a su matrimonio prematuro y su divorcio redentor. Todos y cada uno de sus veintisiete años de existencia, en papeles. El documento central era, por supuesto, la invitación de Eric, impresa en papel con membrete de su universidad. Eric le había comentado que no se trataba de cualquier universidad. Wari asumió que debía mencionar el nombre de la institución con reverencia, y que todos conocerían su reputación. Eric le había asegurado que eso le abriría las puertas. Pero en lugar de eso, la mujer le dijo: “Ya no otorgamos visas por noventa días”. A través de la ventanilla plástica, Wari señaló la invitación, sus letras doradas y su elegante sello de agua, pero la mujer no mostró interés. “Vuelva en dos semanas”, le dijo. Y así lo hizo. En su pasaporte, Wari encontró una visa de turista por un mes. Ya en el aeropuerto de Miami, Wari presentó otra vez su documentación, su pasaporte y, separadamente, la invitación en un sobre con letras doradas. Para su sorpresa, el oficial lo derivó de inmediato a una sala de entrevistas, sin mirar siquiera los documentos. Wari aguardó en el cuarto vacío, recordando que un amigo suyo le había dicho en son de broma: “Acuérdate de afeitarte o pensarán que eres árabe”. El amigo de Wari había celebrado su ocurrencia estrellando un vaso contra el piso de cemento del bar. Todos habían aplaudido. Wari podía sentir el sudor acumulándose en los poros de su rostro. Se preguntó qué tan mal se vería, qué tan cansado o desaliñado. Qué tan peligroso. Aún sentía en los pulmones el aire viciado y reciclado de la cabina del avión. Sintió cómo su piel se oscurecía bajo las luces fluorescentes. Un agente de inmigración uniformado entró y empezó a hacerle preguntas en inglés. Wari las respondió lo mejor que pudo.

—Y tú, supuestamente eres artista, ¿no? —le dijo el oficial examinando la documentación.

Wari cerró sus dedos alrededor de un pincel imaginario y trazó círculos en el aire. El agente le indicó con un gesto que dejara de hacerlo. Revisó los papeles, hasta que sus ojos se posaron sobre su estado de cuenta bancaria. Frunció el ceño.

—¿Vas a Nueva York? —le preguntó—. ¿Por un mes?

—En Lima me dieron un mes —dijo Wari cautelosamente. El oficial sacudió la cabeza—. No tienes la cantidad de dinero que se requiere para una estadía tan prolongada —miró la invitación y luego señaló la cifra insignificante que aparecía al final de su estado de cuenta. Se la mostró a Wari, quien tuvo que contener una risita nerviosa—. Tienes dos semanas. Y no te hagas ilusiones —le dijo—. Estoy siendo generoso contigo. Cambia la fecha de tu pasaje tan pronto llegues a Nueva York.

Selló el pasaporte color borgoña de Wari con una nueva visa y lo dejó ir. En la terminal de recojo de equipajes, Wari encontró sus cuadros apilados junto a un carrusel ya vacío. Se dirigió hacia aduanas, donde tuvo que responder más preguntas antes de que lo dejaran pasar. Esperó pacientemente mientras revisaban su maleta, hurgando entre su ropa. Inspeccionaron minuciosamente sus cuadros, y aquí, por fin, le fue útil la carta con membrete dorado. Salió finalmente de aduanas. Wari se sentía mareado, repentinamente el ruido del ajetreo del aeropuerto le parecía hipnótico, y el sueño lo llamaba a su abrazo protector. Noventa días es un período de tiempo humano, pensó. Tiempo suficiente para tomar una decisión y encontrarle los puntos débiles. Para buscar un trabajo y prepararse para posibles eventualidades. Para empezar a imaginarse lo permanentes que podían ser las despedidas. No era como si Wari no tuviera nada que perder. Tenía padres, un hermano, buenos amigos, una carrera que recién empezaba en Lima, una ex esposa. ¿Que ocurriría si él abandonaba todo aquello? Incluso un mes completo dedicado a meditar sobre el asunto —paseando por una nueva ciudad, descubriendo

las peculiaridades de un idioma extranjero— podría ser un tiempo suficiente para decidirse. Pero, ¿dos semanas? Wari pensó que era una crueldad. Contó los días con los dedos: veinticuatro horas después de que descolgaran sus cuadros, sería considerado un ilegal. Wari se había imaginado que la decisión correcta se le haría obvia, si no de inmediato, sí antes de que transcurrieran tres meses. Pero no había forma de que la claridad le llegara en apenas catorce días. Wari atravesó el aeropuerto de Miami como si le hubieran dado un puñetazo en la cara. Arrastraba los pies. Llegó a tomar su vuelo para Nueva York justo cuando las puertas se cerraban, y lo detuvieron una vez más en la manga de abordaje, donde una mujer con guantes de látex examinó sus zapatos y no respondió a las desganadas sonrisas de Wari. En el avión, Wari durmió con el rostro apoyado contra la ventana ovalada. De todas maneras, no había nada que ver. Era un día nublado en el sur de la Florida, no se veía el horizonte, ni los cielos turquesa que anuncian las postales, nada, excepto la superficie gris de una de las alas del avión y la estela que dejaba, surgiendo de su extremo, como esquirlas de humo.

Leah lo despertó con una disculpa.

—Tengo que trabajar —le dijo suavemente—. De todas maneras, no hubieras podido seguir durmiendo —le sonrió. Llevaba el cabello sujeto en una cola de caballo. Oía a limpio. Leah fabricaba joyas, y el dormitorio de Eric, que en realidad era la sala, era también su taller.

—No hay problema —dijo Wari sentándose en el sillón y esforzándose por ocultar su erección matinal.

Leah sonrió al verlo manipular torpemente las sábanas.

—Créeme, ya he visto muchas de éstas —le dijo—. Me despierto junto a Eric todas las mañanas.

Wari sintió que su rostro se ponía rojo.

—Qué suerte —le dijo en su inglés masticado.

Ella se rió.

—¿Dónde está? ¿Eric? —preguntó Wari, avergonzado de su pronunciación.

—Estudiando. En el trabajo. Enseña a estudiantes de bachillerato. Jóvenes —dijo, traduciendo *jóvenes* con gestos que indicaban, más bien, *pequeños*.

Wari se imaginó a Eric, con su rostro amplio y pálido, y el cabello rojizo, enseñando a gente en miniatura, humanos diminutos que lo miraban hacia lo alto en busca de conocimiento. Le gustó que Leah hubiera hecho el intento de comunicarse. Él comprendía mucho más de lo que era capaz de expresar, pero ¿cómo explicarle eso a ella? La observó durante un rato, limando metal y doblando tiras de plata en forma de círculos. A él le gustó la precisión de su trabajo, y a ella parecía no importarle que la miraran. Leah pulió una pieza, la limó y lijó, dobló el metal con herramientas en apariencia muy ásperas para sus delicadas manos. Sostuvo un martillo con destreza, era una mujer decidida. Fue una demostración impresionante.

—Estoy por terminar —dijo ella finalmente—, y luego quiero que me acompañes. Conozco a un peruano con quien puedes hablar.

Él se duchó y desayunó un tazón de cereal frío, luego ambos partieron rumbo al centro de la ciudad. El peruano que Leah conocía se llamaba Fredy. No sabía con exactitud de qué parte del país venía, aunque estaba segura de que él se lo había comentado. Fredy trabajaba en un mercado al aire libre en la calle Canal. Leah lo había conquistado con una sonrisa algunos años antes, y él le permitía vender sus joyas en consignación. Cada dos semanas, ella le traía cosas nuevas, y escuchaba mientras Fredy hacía un inventario de lo que había vendido y lo que no, y sus explicaciones sobre el porqué.

Leah le contó a Wari que Fredy vivía ahora en Nueva Jersey, y que se había casado con una mujer china.

—Se comunican entre sí en un inglés chapurrado. ¿No es increíble?

Wari asintió.

—Eso debe indicar algo sobre la naturaleza del amor, ¿no crees? —preguntó Leah—. Tienen que confiar plenamente el

uno en el otro. Lo poco que conocen del otro en inglés es ínfimo comparado con todo lo que cada uno es en su propio idioma.

Wari se quedó pensando. El tren traqueteaba en dirección al sur de Manhattan. Pero las cosas siempre son así, quiso decir, no se puede conocer a nadie por completo. En lugar de ello, se quedó en silencio.

—¿Tú me entiendes cuando hablo? —preguntó Leah—. ¿Si te hablo lentamente?

—Por supuesto —dijo Wari, y así era, pero se sintió incapaz de decir más. Observaba cómo descendía la numeración de las calles en cada parada, y seguía el avance del tren subterráneo en un mapa. Había una etiqueta adhesiva pegada sobre el extremo sur de la isla. Bajaron del tren antes de llegar a esa zona cubierta. Una vez en la calle Canal, bastaron unas pocas cuadras para que Wari se acordara de Lima: su densidad humana, su ruido, el circo en que se había convertido. El aire estaba cargado de idiomas extranjeros. Se sintió a gusto en el lugar, y no le molestó en lo más mínimo que Leah lo tomara del brazo y lo condujera rápidamente por entre la multitud. Sus hombros chocaban contra los de la ciudad, era como caminar contra una lluvia torrencial.

Fredy resultó ser ecuatoriano, y Leah no pudo ocultar su vergüenza. Su rostro tomó un color rosa que a Wari le recordó al de las últimas luces del atardecer.

Wari y Fredy le aseguraron que no tenía importancia.

—Somos países hermanos —dijo Fredy.

—Compartimos una frontera e historia —dijo Wari.

El ecuatoriano sonrió cortésmente e hizo algunos comentarios sobre el tratado de paz firmado entre ambos países apenas unos años antes. Wari le siguió la corriente y le apretó vigorosamente la mano, hasta que Leah dejó de sentirse incómoda por su error. Luego ella y Fredy hablaron de negocios, regateando de una manera juguetona que más parecía un coqueteo; por supuesto, Leah ganó. Cuando terminaron, ella se excusó y se dirigió a otros puestos, dejando solos a Wari y Fredy. Apenas ella se había alejado lo suficiente como para no escuchar lo que decían, Fredy se volteó hacia Wari.

—No me pidas trabajo, compadre —dijo, frunciendo el ceño—. La cosa ya está bastante difícil para mí.

Wari quedó desconcertado.

—¿Y quién te ha pedido chamba a ti? Tengo trabajo, cholo.

—Seguro, compadre.

Wari lo ignoró y se dedicó a inspeccionar la mesa. A un lado, había pequeños tenedores de cóctel convertidos en ridículos aretes. Al otro extremo, fotografías en blanco y negro de picos andinos, plateados y coronados de nieve, y otras de fortalezas de piedra en ruinas e iglesias coloniales. En ninguna de ellas había gente: sólo paisajes, edificios y piedras dispersas talladas por los incas; todo se veía deshabitado y vacío.

—No hay gente —dijo Wari.

—Emigraron —se burló Fredy.

—¿Y esta mierda vende?

—Lo suficiente.

—Ella es mi hembra, por si acaso —dijo Wari de pronto, y le gustó el tono de su mentira, lo repentina que había sido y la forma en que lo miraba el ecuatoriano, sorprendido.

—¿La gringa?

—Ajá.

—Anda, huevón —dijo Fredy.

En ese momento, aparecieron dos clientes, una mujer joven y su novio. Fredy empezó a hablarles en inglés, con un acento fuerte pero aceptable, y señaló varios objetos, sugiriendo aretes que combinaban con el tono de piel de la mujer. Ella se probó un par, mientras Fredy le sostenía el espejo y su novio revisaba despreocupadamente las fotografías. Wari se preguntaba dónde se habría metido Leah. La mujer se volteó hacia él.

—¿Qué opinas? —le dijo, mirando alternadamente a Wari y Fredy.

—Muy lindo —dijo Wari.

—Preciosa —dijo Fredy.

—¿De dónde proviene? —preguntó, señalando un lapislázuli.

—Del Perú —dijo Wari.

Fredy le puso cara de pocos amigos.

—De los Andes —dijo él.

—Trev —llamó ella a su novio—. ¡Es del Perú! ¿No es lindo?

Sacó un billete de veinte dólares y Fredy le entregó su vuelto. Envolvió los aretes en papel de seda y le entregó una de sus tarjetas. La pareja se alejó, charlando. Wari y Fredy se quedaron nuevamente en silencio. Leah volvió y Wari se aseguró de tocarla descuidadamente, como si ello no tuviera mayor importancia. Sentía cómo Fredy los miraba, estudiando cada uno de sus movimientos.

—¿Le contaste a Fredy sobre tu exposición? —le preguntó a Wari.

Él sacudió la cabeza.

—Qué modestia —dijo Leah, y lo puso al corriente de todos los detalles. Para deleite de Wari, ella exageró su importancia y peso. Wari se sintió como un dignatario visitante, alguien famoso. Wari pasó el brazo sobre el hombro de Leah. Ella no lo detuvo. Fredy dijo que se le haría difícil asistir.

—Bueno, pero, ¿podrías intentarlo?

—Ánimate, amigo —añadió Wari sin preocuparse por su pronunciación.

Marcharse no es problema. Es emocionante, en realidad; de hecho, es como una droga. Es quedarte lejos lo que te mata. Esta es la sabiduría compartida de los inmigrantes. La escuchas de gente que vuelve a su país luego de una década de ausencia. Te cuentan sobre la euforia que se acaba rápidamente; sobre las cosas nuevas que van perdiendo su novedad y, poco después, incluso su capacidad de divertirte. El idioma te desconcierta.

Te cansas de explorar. Luego la lista de lo que extrañas se multiplica irracionalmente, y la nostalgia lo nubla todo: en tus recuerdos, tu país es limpio y honesto, las calles son seguras, la gente es por naturaleza cálida y la comida, siempre deliciosa. Los detalles sagrados de tu vida anterior se te aparecen una y otra vez de manera extraña y reiterada, en cientos de sueños que te mantienen despierto. Tus bolsillos se llenan de dinero, pero tu corazón se siente enfermo y vacío.

Wari estaba listo para enfrentar todo eso. En Lima, reunió a algunos amigos y se despidió de ellos. Fueron despedidas tentativas, ambiguas. Despedidas hechas entre tragos, planteadas como bromas, risas discretas antes del ¡puf! y la fuga, esa magia tercermundista.

—Quizás vuelva —les dijo a todos—, o quizás no.

Guardó dos cajas con pertenencias de todo tipo en el cuarto trasero de la casa de sus padres. Sacó algunos afiches de las paredes de su habitación y cubrió los pequeños agujeros con *liquid paper*. Animó a su madre a que, si pasaba un mes y él no había vuelto a casa, alquilara su dormitorio para obtener un ingreso adicional. Ella lloró, pero sólo un poco. Su hermano le deseó buena suerte. Wari hizo un brindis por la familia en la cena del domingo y prometió que volvería a casa un día no muy lejano. Abrazó a su padre y aceptó el billete nuevo de cien dólares que el viejo le puso en la mano.

En los últimos días antes de su partida, Wari y Eric intercambiaron excitados mensajes de correo electrónico, afinando los detalles de la exposición: el tamaño exacto de los lienzos, la traducción de su hoja de vida, la nota de prensa. Todas las formalidades de una inauguración real, pero para Wari era sólo ruido y cháchara. Para él, las únicas cosas que importaban eran su pasaje, la pista de despegue y el imprescindible asiento junto a la ventana para una última y fugaz mirada a Lima. El purgatorio del desierto, las luces del norte cada vez más cerca.

Estoy listo, pensó.

Nadie cuestionó su decisión, porque tenía una lógica absolutamente clara y evidente. ¿Qué iba a hacer allí? ¿Cuánto tiempo más podría vivir con sus padres? Un pintor divorciado y profesor ocasional —¿qué podía hacer un artista en un lugar así?—. En los Estados Unidos, uno puede barrer pisos y ganar dinero, si se está dispuesto a trabajar.

—Tu estás dispuesto a trabajar, ¿no es cierto, Wari?

—Sí, claro.

—De cualquier cosa? ¿A la intemperie? ¿Carga, transporte, limpieza?

—Lo que sea.

Y eso fue todo. ¿Qué otras preguntas se podían hacer? Le iría bien. Solamente su madre expresó alguna preocupación. ¿Esto tiene que ver con Elie?, le preguntó unos días antes de su viaje. Wari había estado esperando la pregunta. Elie, su ex esposa, a la que amaba y odiaba a la vez. Al menos no tenían hijos que pudieran crecer odiándolo. Sentía alivio de que todo hubiera terminado, y estaba seguro de que ella también. No, Ma, le dijo. No tiene nada que ver con ella. Y su madre sonrió y sonrió y sonrió.

En el departamento de Eric, Wari soñaba despierto. Le añadía detalles a su mentira sobre Leah. Recostado en el sillón, redactaba mentalmente mensajes de correo electrónico a sus amigos, contándoles sobre ella, describiendo la forma de su cuerpo y los tonos de su piel. La solución a su dilema de los catorce días: casarse con ella y quedarse, casarse con ella y volver. Se casaría con ella y todo lo demás daría igual. Se imaginó enamorándose con monosílabos, con asentimientos de cabeza, sonrisas y gestos seductores. Contándole a Leah la historia de su familia en pictogramas: su humilde hogar; los colores apagados y oscuros de su ciudad natal; su matrimonio alguna vez feliz, y cómo sus cimientos se disolvieron, cómo se desmoronó desde el interior hasta convertirse en una parodia perfecta del amor. Era poco después del mediodía, y Leah se alistó para su trabajo de mesera. Abrió la llave de la ducha. A través de las delgadas paredes, él podía oír el ruido del agua cayendo sobre su cuerpo. Su cabello castaño claro se oscurecía al mojarse. Wari cerró los ojos e imaginó su cuerpo desnudo. Luego el de Elie. Wari encendió el televisor y dejó que sus ruidos llenaran la habitación. Había transcurrido casi un año después de los ataques, y se habían iniciado ya las inevitables repeticiones televisivas del hecho. Cambió de canal y su mente empezó a divagar: Fredy, en un tren, camino a casa, donde lo esperaba su esposa china, preguntándose si aquello de lo que Wari había presumido era cierto. Elie, en algún lugar de Lima, sin saber siquiera que él se había marchado. Leah, en la ducha, pensando en cualquier

cosa menos en él. En todos los canales se veía a las torres colapsando entre nubes de polvo. Wari eliminó el sonido del televisor y escuchó esperanzado la música acuática de Leah.

Wari golpeó dos veces la puerta de madera. Esto había ocurrido varios años atrás. “Chola”, llamó a la mujer que se convertiría en su esposa. “Chola, ¿estás ahí?”. Pero Elie no estaba. Había dejado la música encendida y con volumen alto para desalentar a los ladrones. Vivía en Madgalena, un ruinoso distrito junto al mar, en un barrio repleto de equipos de música sonando a todo volumen en departamentos desiertos. Chiquillos de catorce años fumaban huiros, protegiéndolos del viento entre el pulgar y el índice, y vigilaban alertas por si llegaba un tomo. Jugaban fútbol en la calle y arrojaban piedras a los mototaxis. Wari volvió a tocar la puerta. “Ha salido”, le dijo alguien desde la calle. Wari ya lo sabía, pero tenía muchas ganas de verla. Quería besarla, abrazarla y contarle sus buenas noticias. Era en aquel entonces una versión más joven y más feliz de sí mismo. *My good news, baby*: era su primera exposición en una galería de Miraflores. Una inauguración real, con vino y un catálogo, y le habían prometido cobertura de prensa, quizás, incluso, una entrevista de media columna en alguna de las revistas del domingo. Eso era lo que quería contarle. Wari golpeó la puerta durante un rato. Tarareaba la melodía que sonaba dentro del departamento. Sacó papel y lápiz de su maletín y le dejó una nota, en inglés. Ambos estudiaban inglés en un instituto, Elie con mucho menos entusiasmo que él. El inglés es huachafo, decía ella. Se lamentaba por la muerte del castellano, por la moda de usar palabras gringas. Era un fenómeno que estaba en todas partes: en la televisión, en los medios impresos, en la radio. En los cafés, sus amigos hablaban así: “Sí, pero así es la gente *nice*. No tienen ese *feeling*”. ¿Para qué estás aprendiendo ese idioma, acomplejado? Querido Wari, dedícate sólo a la pintura y todo te irá bien. Ella le hacía reír y por eso la amaba. En un pedazo de papel que arrancó de un cuaderno, le escribió: “*I come see you, but instead meet your absence*”. Perfecto, pensó él. Escribió una W en una de las esquinas del papel, simplemente

porque quiso hacerlo —como si alguien más pudiera venir a verla y dejarle una nota así—. La clavó en la puerta y bajó a la calle, mientras la música daba una serenata para las paredes de los departamentos vacíos. Se oía desde la calle. No había nada que hacer, salvo esperarla. Un chico que estaba en la esquina le frunció el ceño, pero Wari le respondió con una sonrisa. Era el final de la tarde, la última y agonizante luz del día.

Llegó la noche de la inauguración, pero poca gente asistió.

—Es un mal momento —dijo Eric, que llevaba a Leah del brazo—. El aniversario ha puesto nerviosos a todos.

—¿Asustados? —preguntó Wari.

—Exactamente —dijo Leah.

A Wari no le importaba. Él también estaba asustado. Y no porque el mundo pudiera explotar, o porque Manhattan pudiera hundirse en el mar. Miedos reales. Sus cuadros resplandecían bajo los reflectores. Un puñado de gente entraba y salía tomando sorbitos de champán en copas de plástico. Wari tenía un sentimiento extraño hacia sus cuadros, era como si otra persona los hubiera pintado, un hombre al que él había conocido en algún distante episodio de su vida. Concluyó que no tenían nada de especial. Existen, como yo existo, y eso es todo. La grandiosa ilusión del exiliado es que todos están allá, en tu ciudad natal, en tu hogar, tus enemigos y amigos, todos observándote como *voyeurs*. Todo lo que haces adquiere importancia porque estás lejos. En tu país, tus rutinas eran sólo eso. Aquí, son portentosas, significativas. Tienen el peso del descubrimiento. ¿Pueden verme? ¿En esta ciudad, en esta catedral? ¿En esta galería de Nueva York? No interesa que esté casi vacía, y a cien cuadras de distancia de los barrios en donde se comercia el arte. Wari le pondría la dosis correcta de emoción al hecho, no para él sino para beneficio de los demás. Para alegrarlos a todos. Me va muy bien, Ma, diría entre la estática de la comunicación telefónica. La conexión no es muy buena, pero ahora estoy seguro de que todo saldrá bien.

Después de la recepción, Eric y Leah invitaron a Wari a tomar unos tragos con varios de sus amigos. Él se daba cuenta de

lo mal que ambos se sentían, como si le hubieran fallado. Eric se quejó de la apatía de los alumnos. Falta de compromiso, la llamó. Su departamento académico era un caos, dijo, no habían hecho una buena labor de promoción. Leah asintió solemnemente con la cabeza. Eran puras palabras. Nada de lo que Wari pudiera decir convencería a su anfitrión de que aquello en realidad no le importaba. *Te he usado*, tenía ganas de decirle. *Ya no soy más un pintor*. Pero le parecía cruel hacerlo, ingrato, y no del todo cierto.

—No hay problema —repetía una y otra vez—. La estamos pasando bien.

—Sí, claro, pero... me siento *mal*.

Los estadounidenses siempre se sienten mal. Viajan por el mundo arrastrando esa opulenta carga. Toman fotografías digitales y compran arte popular sintiéndose profundamente decepcionados de sí mismos y del mundo. Arrasan los bosques con lágrimas en sus ojos. Wari sonrió. Quería decirles que comprendía todo, que Eric no tenía la culpa de nada. Simplemente había ocurrido lo que tenía que ocurrir. Tomó la mano de Eric.

—Gracias —le dijo Wari y le dio un apretón.

El bar era cálido y animado. Los televisores transmitían juegos de béisbol de una docena de ciudades. Los amigos de Eric felicitaron a Wari dándole palmaditas en la espalda. “¡Muy bien!”, le gritaron en coro. No le permitieron que gastara ni un dólar. Compraron ronda tras ronda de tragos, hasta que las luces de los anuncios de cerveza se convirtieron en borrosos arabescos de neón. A Wari se le hizo casi imposible comprender una sola palabra de lo que conversaban a gritos. En el lugar había una chica, una mujer que se le insinuaba con la mirada. Era menuda y tenía una fragilidad atractiva. Wari la vio susurrándole algo a Leah, y luego ambas miraron en dirección a él y sonrieron. Él les devolvió la sonrisa.

—Me gustan mucho tus cuadros —le dijo ella más tarde.

La velada se acercaba a su fin. Algunas personas ya se habían marchado. Leah y Eric se habían separado del grupo. Se besaban y reían juntos, y por las miradas que se echaban

Wari se dio cuenta de que estaban realmente enamorados. Se sintió un tonto. Estaba ignorando a la mujer que tenía al frente.

—Gracias —le dijo.

—Son muy violentos.

—No fue mi intención que lo fueran.

—Es lo que yo vi.

—Es bueno que veas esto. La violencia ocurre a veces.

—Mi nombre es Ellen —dijo ella.

—Es un bonito nombre. Mi ex esposa se llamaba Elie.

—Y tú eres Wari.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Tengo visa por otros diez días —dijo Wari.

—Oh.

—Pero en realidad no lo sé.

Hubo más tragos y más confidencias gritadas por sobre el bullicio del bar. Ellen tenía una sonrisa dulce y labios que Wari podía imaginarse besando. Su mano se había posado sin esfuerzo sobre la pierna de ella. En una esquina del bar, Leah y Eric se besaban una y otra vez. *¿Cuánto tiempo planeas quedarte? No lo sé. Cuánto tiempo planeas quedarte no lo sé.*

Wari quiso arrojar su vaso al piso, pero temía que no se hiciera añicos al estrellarse. Que nadie aplaudiera, que nadie comprendiera la belleza de ese sonido. Los días se estaban esfumando. Cuando se dio cuenta, estaba en la calle y Ellen le estaba enseñando cómo tomar un taxi. Tienes que ser agresivo, le dijo ella. ¿Pensará que no tenemos taxis?, se preguntó él, atónito. ¿Pensará que viajamos sobre mulas? Pero de inmediato, todo eso dejó de importarle. Ella lo decía sin mala intención. Wari sentía como que el planeta se expandía, que sus detalles desaparecían. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué ciudad es esta? La noche era templada y el cielo, si uno miraba directamente hacia arriba, tenía un color añil profundo. Se encontraban en el centro de la ciudad. Wari tenía la cabeza inundada por el alcohol.

Debería llamar a mi madre, pensó, y decirle que aún estoy vivo. Debería llamar a Elie y decirle que he muerto.

Se detuvieron en la esquina. Uno tras otro, los taxis amarillos pasaban ignorando el brazo extendido de Wari. No servía para eso. Wari se volteó hacia Ellen y la vio aturdida, mirando hacia el final de la calle.

—Estaban en ese lugar, ¿sabías? Justamente allí —dijo Ellen. Lo tomó de la mano.

Estaban en silencio. Ella apuntaba con dos dedos en dirección al horizonte sur, hacia el extremo mismo de la isla. Wari se quedó observando el espacio que se abría en el cielo, una nada extensa y vacía. §